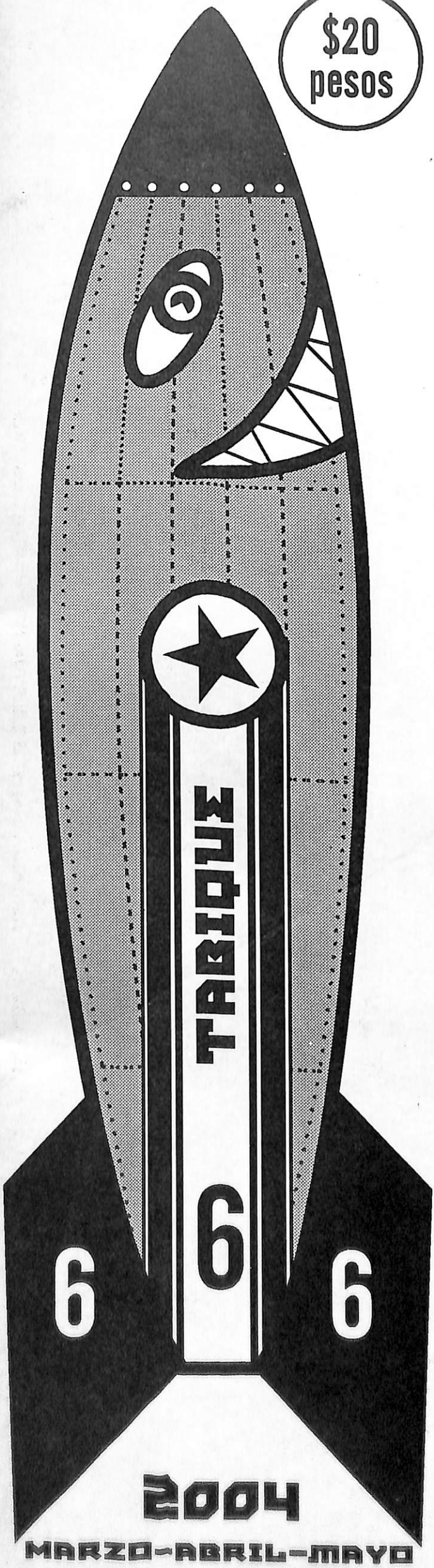

$20
pesos
TABIQUE
6
6
6
2004
MARZO-ABRIL-MAYO

DIRECTORIO

Dirección: Josué Gerardo Ochoa Fragoso

Edición: Carlos Francisco Gallardo Sánchez

Diseño gráfico: Cristóbal Sánchez y Ricardo Alonso

Difusión y relaciones públicas: Zaira Espíritu Contreras

Distribución y comercialización: Gabriel Millán Garduño

Consejo editorial: Daniel Vázquez García, Daniel Domínguez Zetina, Félix Vergara López y todos los de arriba

Colaboran en este número: Valentín Ortiz, Juan Mendoza, Gustavo Casas, Pilar Angón, Alejandra Chio, Ibán de León Santiago, Omar Paolo, Tiosha Bojórquez Chapela, Ana Rojas, Afhit Hernández, Roberto Sánchez Báez y Adriana Roque Cornejo.

TABIQUE

Revista para la obra, la zozobra y los colados es una publicación trimestral independiente, elaborada en algún lugar del Valle de Cuauhnáhuac. Carecemos de certificados de licitud de título y contenido. Registro en trámite perpetuo. Tabique publica literatura y periodismo. El punto de vista de los colaboradores no representa necesariamente el de la publicación.

tabiquerevista@hotmail.com
tabique@cuernavaca.com
www.tabiquemx.com

EDITORIAL 6

Feliz quien conoce un solo Dios, y lo guarda en secreto.
Tengo todos los días creencias diferentes...
A veces en el mismo día tengo creencias diferentes...
Pessoa

Como una bomba rotulada con el número de la bestia (dejando un solo dígito se sabrá el número de esta entrega), llega, sin tratar de causar más que el efecto de toda creación y crítica sincera, este *Tabique*; conglomerado de voces que, tomando la forma de piedra alargada, viene al mundo ajeno a triunfalismos y desalientos; tinglado en el que propios y extraños (asimilados e irredentos) se conjugan en una amalgama de palabras que dan la medida exacta para que esta roca comestible (mal usada caería como bomba indigestiva) estalle al punto y al instante en que se le desdoble.

Para iniciar de buen modo la ingestión de este manjar literario, recomendamos seguir la receta que a continuación da Doña Fidencia para tratar con especialidades selectas, y, siempre que así se quiera, continuar degustando el sazonado ensayo sobre la recreación del mundo y sus coordenadas en la propia piel. El sitio de la alegría se encuentra siguiendo a una voz cansada que indica el rumbo. Sin embargo, también están allí la duda y "el abismo de la vocación literaria", al cual finalmente va a dar este *Tabique*.

La muestra que presentamos en el portafolio de esta entrega es de la autoría de la artista plástica Ana Rojas, un entremés a tono con el resto del platillo, al cual, siguiendo la pauta de la buena tradición, se nos colaron, previa autorización, los tres relatos premiados en el reciente certamen de cuento de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

Finalmente sugerimos, para llevar a buen término la empresa, acompañarse de los versos trazados con singular maestría por Afhit Hernández en la plaqueta *Los placeres y las ruinas*, segunda entrega de la colección 100% tabiquera llamada *La primera piedra*.

Además, quienes hacemos *Tabique* tenemos la creencia (momentánea) de que no solo de gato viven las pulgas...

El secreto de Fidencia

Omar Paolo

"Ancianos, distinto sabor al de los niños, a los que prefiero, pero la 'especialidad' son los recién nacidos. El sabor y la suavidad de su carne son inigualables: los chiquitos", asintió con ternura Doña Fidencia.

"Aunque, por ejemplo, los ojos de viejo en aceite de vinagre con ensalada de lechuga resultan exquisitos; lo añejo de la sangre, lo fresco de las verduras y unas gotas de limón, ¡mmm!... Para chuparse los dedos", guiñó coquetamente un ojo la Doña.

"Lo anterior", prosiguió la maciza y bien torneada anciana, "acompañado de exquisitas nalgas al vino tinto, que son", aclaró, orgullosa de su buen paladar, "asientos de quinceañera... El olor, apenas dispuestas en el plato, termina por vencer al más vegetariano. Pero... Pero no pueden faltar como aperitivo los arillos de ano servidos entre queso, carne de cerdo y un buen mezcal".

"Para culminar", sonrió pícara la mujer, "pastel de tres leches adornado con algunas rosadas tetitas.

"El secreto, amigo mío", dijo la refinada y salvaje mujer, "se lo he de confesar por la pregunta que su amistad me exige y por el honor que me proporciona su compañía".

"Pero", advirtió con cautela la mujer más conocida, temida y ambicionada de aquel pueblo, "no tan deprisa, no tan deprisa".

"Como usted sabe, en las bajas regiones meridianas de este país, el temperamento de hombres y mujeres se ve, como en todo lugar, influido por las condiciones geográficas y el clima. No obstante haber crecido aquí, entre lagunas, ríos y exuberante naturaleza, aunado al constante sometimiento de religiones, dio como resultado el correr en las venas de sus habitantes una sangre explosiva y sensual oculta tras las puertas de todo templo"...

Luego, levantando el adornado dedo índice hizo una seña, a la cual acudió una niña de unos dieciséis años hasta la extensa mesa colocada a la mitad del bien cuidado y selvático jardín de aquel oculto y opulento rancho, en donde había sido recibido aquella mañana el trashumante y temido General Tracote.

La 'muchachita' llevaba en sus manos una canasta con frutas que colocó en medio de los platillos que al principio de la charla exhibiera con tal candor Doña Fidencia.

El cabello de la criatura era negro y pesado y se deslizaba como serpientes casi hasta sus pequeñas y formadas nalgas, que al tacto húmedo de su cuerpo sobre el breve vestido de manta, provocaran al General Tracote exclamar con emoción en voz alta: "¡un culo exquisito!".

"un culo exquisito"

La niña se quedó de pie entre los dos excitados comensales, no pudiendo ocultar el temblor de sus rodillas ante las pupilas inquietas de Tracote.

Doña Fidencia fue señalando entonces con su alargado dedo cada una de las olorosas frutas ahí colocadas, diciendo con una voz fuerte e inquietante cada uno de sus nombres, como quien señalase de un cuerpo las partes: guanábanas, carambolas, plátano, anona y pitajaya.

El general embriagado por lo que ante sus sentidos se presentaba y turbado por el sopor del ambiente, aunque más por la presencia de las dos mujeres, entrecerró los párpados para imaginar entre el coro del canto de las aves "la jugosidad del coño de aquella niña, abierto como una pitajaya".

Así que, haciendo honor a su cargo y acostumbrado a ser obedecido, cogió por la cintura a la sorprendida indígena y, levantando su manta, bajó su enagua descubriendo el culo, dirigiéndolo hacia su verga, la cual había dejado salir del pantalón. Doña Fidencia ayudó a la niña a 'ensartarse' (palabra por ella preferida) en la 'estaca' del soldado que reía.

"Obedece, cielito, obedece", le decía la doña mientras la niña se retorcía del dolor que le producía el desgarramiento brutal de sus entrañas.

Luego, echándola de boca sobre la mesa, fue embestida por detrás, sintiendo sus frágiles senos heridos por los palillos que adornaran los arillos de ano mientras sus labios se amoratabán debido a la asfixia que le producía su rostro embarrado en el pastel de tres leches.

Volviéndola boca arriba, el general reconquistó nuevamente su coño y al separarse de ella, la sangre que corría por entre las piernas de la 'mujercita' atrajo a Doña Fidencia como un escualo hambriento a lamerle la herida.

"¡Coño, coño, coño! ¡Si no tienes pelos, por Dios que te los saco!", gritaba Doña Fidencia eufórica y arrebatada por ese "santo placer" que tanto invocaba. Mientras, el General Tracote hacía a la niña con los ojos vueltos en blanco chuparle la verga hasta casi ahogarle, al tiempo que estrujaba con sus toscas manos acostumbradas a la guerra las dos prominencias de carne ensangrentada que tenía aquélla por senos.

"¡Ahora, ahora! ¡Ahora viene el secreto!", gritó Fidencia.

Y tomando un gran cuchillo al momento en que el general estaba a punto de eyacular en la boca de la niña, encajó de un golpe una larga cuchillada en la hendidura de la agónica preciosa, quien lanzó un grito horrible entre llanto que, como preparación de un brebaje extraño de lágrimas y sangre, se vio revuelto con el semen del General Tracote que caía sobre la boca, cuello y estómago de la tierna desfalleciente.

"Enseguida: !cortar, cortar, cortar!", repetía Doña Fidencia extasiada de locura, encharcada entre chorros calientes de sangre de los órganos y huesos de la niña, del vientre al estómago y llegando hasta el cuello, mientras ésta estiraba aún suplicante sus brazos rozando apenas con la punta de sus pequeños dedos la barba del general, ahogada entre sangre y líquidos, "tensa como una res", pensó Tracote enfundando su 'espada'...

Aquella noche la cena resultó aún más exquisita que la comida en el jardín, servida ahora por un muchacho, el cual por entre su calzón de manta, como bien observó entre bromas Tracote, escondía "un buen chorizo".

...guanábanas, carambolas, plátano, anona y pitajaya

Gustavo Casas

La alegría está en mis manos como montón de arena bajo el agua.
La alegría está en mis manos como el sueño incompleto que nos despierta impacientes.
La alegría está en mis manos como el grito de un caído al precipicio.
La alegría está en mis manos como el líquido entre rendijas.
La alegría está en mis manos como el azar en el tiro de los dados.
Tengo la alegría en mis manos como cenizas en el viento.
Tengo la alegría como el último suspiro de un ahorcado.

Tiosha Bojórquez Chapela

De Modernos Primitivos y Vatos Locos

Hambre de ritos: tatuaje y satisfacción simbólica

Introducción

"Los motivos del tatuaje son tan variados como los individuos que se tatúan", dice un viejo dicho que aún se escucha a menudo en los estudios y las convenciones de tatuajes. Sin embargo, las necesidades de las personas que asisten a estos lugares se fundamentan en principios compartidos: identificación social, toma simbólica del cuerpo, afirmación de la individualidad frente a la anomia contemporánea.

En este ensayo quiero abordar al tatuaje como uno de los ritos ("los mitos son los soportes mentales de los ritos; los ritos la puesta en escena física de los mitos", afirma Joseph Campbell [1]) con los que el hombre moderno, particularmente el joven finisecular chilango, se enfrenta a la secularización radical de su entorno e intenta, a partir de la toma simbólica de su cuerpo, remitificar el universo que habita.

Breve historia del tatuaje

La palabra tatuaje deriva del vocablo *tatau*, que es el término utilizado por los indígenas de Polinesia para denominar su práctica. El vocablo inglés moderno *tatoo* (del cual se derivan el tatuaje español, el *tatuaggio* italiano y el *tätowierung* alemán) fue introducido a occidente por el famoso capitán Cook, quien en uno de sus viajes a las Islas Polinesias quedó azorado por lo intrincado, numeroso y bello de los tatuajes de los isleños.

En esas latitudes se considera que fueron los dioses quienes enseñaron este arte a los hombres (2), el tatuaje aún se realiza con el método tradicional (aguja adherida a una pequeña tabla de madera que se golpea con un martillo) y terminar un trabajo implica sesiones de hasta doce horas diarias que, en ocasiones, se prolongan por más de cinco o seis días. En lugares como Samoa (donde el tatuaje se practica de manera similar), tener el cuerpo cubierto de imágenes simboliza una gran virilidad y resistencia al dolor. De hecho, entre los pobladores originarios de la isla se considera que, para alcanzar la madurez, el joven tiene que pasar por el rito del tatuaje (en el que en ocasiones llega a perder la vida).

Entre los aztecas la práctica del tatuaje estaba vista como una costumbre de salvajes, de otomíes y chichimecas (3). Sin embargo, se sabe que los mayas sí se hacían dibujos cutáneos permanentes y que, incluso, una de las razones por las que Gonzalo Guerrero decidió no regresar con sus paisanos españoles fue el hecho de que tenía la cara cubierta con tatuajes. Es notable que, en cuanto a modificaciones corporales en el mundo mesoamericano se refiere, exista una mayor documentación sobre perforaciones y modificaciones óseas que sobre los tatuajes.

En Europa el tatuaje se practicó entre las tribus germánicas y célticas con intención ornamental, así como para infundir miedo durante las guerras (los *picts* de Inglaterra son un ejemplo de esto) pero con la expansión del cristianismo, religión que condena este arte, "no se hagan cortes en su cuerpo por los muertos ni se hagan tatuajes. Yo soy Yavé." (Levítico 19:28 (4)), su práctica se vio reducida hasta la casi desaparición. Se puede decir que el regreso del tatuaje a occidente se dio, a partir de la expansión de los imperios coloniales, a través de los marineros quienes, en sus viajes, entraron en contacto con esta expresión ritual y artística.

Para finales del siglo pasado el tatuaje (japonés, principalmente) se había vuelto una moda bastante *chic* en Europa, e incluso los distinguidos miembros de la nobleza se tatuaban. Pero la fiebre por la tinta pasó rápido y los grandes dragones y barcos en el pecho volvieron a su campo habitual en el mundo *civilizado*: la esfera de los marginales.

A pesar de que nunca dejó de haber hombres que, con el cuerpo cubierto en imágenes, azoraran al público con sus "fragmentos de recuerdo y dolor" (5), no fue sino hasta la década de los ochenta que el tatuaje comenzó a cobrar popularidad entre algunos sectores de la clase media urbana europea y norteamericana, y no fue sino hasta la década de los noventa que en nuestro país el tatuaje llego a convertirse en un fenómeno juvenil masivo.

A la búsqueda de lo perdido

"Hemos desposeído a todas las cosas
de su misterio y numinosidad;
ya nada es sagrado"
Carl Jung (6)

Una de las características de la llamada "sociedad occidental" ha sido su enorme vocación por la desconstrucción mítica del mundo. En menos de un siglo hemos visto, entre otras cosas, la caída de la Iglesia como órgano regulador de la cosmogonía popular, la abolición práctica de los sistemas de gobierno monárquicos (que se basaban en el mito del rey como intermediario entre el mundo de los dioses y el de los humanos), la mecanización y secularización del trabajo que como veremos trajo entre otras consecuencias la pérdida de la libertad del individuo en cuanto a su relación con el tiempo y la nueva sumisión fundamentalista a un Dios regulador de la vida de los hombres al que los iniciados llaman "mercado" mientras que la plebe, simplemente, lo ve pasar de largo y le llama "dinero".

Los seres humanos somos incapaces de explicarnos la razón de nuestra existencia sin mitos, símbolos y rituales. Necesitamos recrear el mundo a través de nuestra percepción de él y, para ello, recurrimos a nuestra capacidad de abstracción. En tiempos antiguos (o en algunas sociedades "primitivas" contemporáneas) la naturaleza misma, dentro de la cual el hombre se sentía incluido y no aislado, era deificada por la sociedad, proceso para el cual se requiere de la simbolización y mitificación de sus elementos y de esta manera los hombres se simbolizaban y mitificaban a sí mismos. El hombre urbano de la actualidad, inmerso en paisajes fríos, relativamente anónimos y, lo peor de todo, creados por él mismo (es decir, sin sustento mitológico), se siente incapaz de encontrarle sentido a su existencia deificando un mundo que ha sido tan modificado por su mano que parece irreconocible, y es por esto que se busca a sí mismo como último reducto de lo sagrado. Se ha llegado, como afirma Gilles Lipovetsky, a la "edad del narcisismo" (7).

Respuestas míticas a un mundo secularizado

En la introducción de *Modern Primitives*, libro que se ha vuelto casi una Biblia entre los tatuadores mexicanos y extranjeros, se habla sobre esta introspección contemporánea:

"El *revival* de las actividades moderno-primitivas implica el deseo, el sueño de una sociedad más ideal. Rodeados por un casi universal sentimiento de impotencia para 'cambiar el mundo', los individuos cambian aquello sobre lo que sí tienen poder: sus propios cuerpos." (MP;1989)

En *Elogio de la antropología*, Claude Lèvi-Strauss pregunta: "Lo propio de los mitos (...) ¿no es acaso evocar un pasado abolido y aplicarlo como una trama sobre las dimensiones del presente, para descifrar allí un sentido donde coincidan las dos fases, la histórica y la estructural, que oponga al hombre su propia realidad?" (8). *Modern Primitives*, desde su título, evoca este deseo de coincidencia histórico-estructural y remite a la necesidad de conexión humana en conflicto con una sociedad que valora el progreso como el máximo atributo y, al hacerlo, pierde poco a poco el sentido de pertenencia con su pasado. Mircea Eliade, a su vez, en *Mitos, sueños y misterios* (9), después de advertir que "...no hay que olvidar nunca que una de las funciones esenciales del mito es que éste ofrezca una puerta al Gran Tiempo, una vía para entrar periódicamente en el Tiempo Primordial", afirma su convicción de que:

> "Sólo en las sociedades modernas el hombre se siente prisionero de su trabajo cotidiano, en el que nunca puede escapar del tiempo y, debido a que ya no puede "matar" tiempo durante sus horas de trabajo es decir, cuando expresa su identidad social real, busca escapar del tiempo durante sus horas de descanso (...) la actitud mítica de la mayoría de las personas que no toman parte de experiencias religiosas auténticas puede discernirse en sus distracciones" (ME; 1960) [traducción del autor]

Entre estas "distracciones" están los deportes, la música, el cine, las fiestas, el estudio y, por supuesto, también los tatuajes.



El tatuaje y la identidad comunitaria (el 13)

El siguiente es un testimonio recolectado por José Manuel Valenzuela en su excelente libro *A la Brava ése (cholos, punks, chavos banda)* (10) en el que, aunque podría parecer que se habla del tatuaje y su implicación como algo meramente lúdico, en realidad se le menciona como un elemento de unión a un grupo, como iniciación:

> "Fíjate, las más locas son las que se tatúan (...) nomás de cura. También de cura se los ponen. Tengo varias amigas que nomás de cura se ponen su nombre, o un trece, o así, de cura nomás. Pos nomás por tatuarse algo, o por que tienen vatos bien acá, bien cholillos, y ellas también les hacen el paro a sus vatos" (JV; 1988).

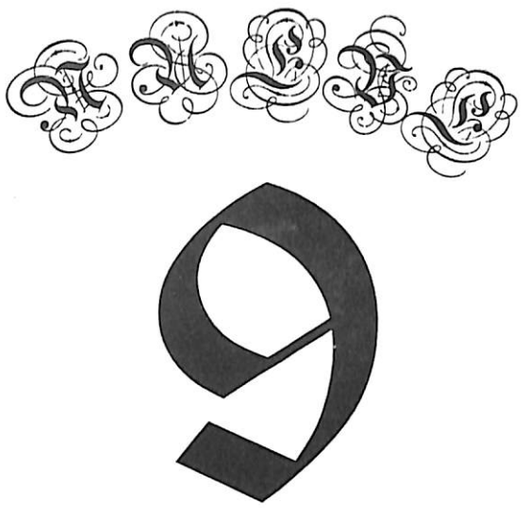
"Nomás de cura se ponen su nombre, o un trece, así de cura". Entre los cholos del norte del país, y del suroeste de los Estados Unidos, el 13 es un número mágico, altamente cargado de significado (así como uno de los diseños constantes en el tatuaje practicado en esas regiones), un número que puede causar la muerte, y no debido a la mala suerte que tradicionalmente se le asocia, sino porque al ver el número "X3" (13) un cholo que traiga tatuado el "X4" (14) se verá en la necesidad de romperse la madre a chingadazos o plomazos con el puto vato. El 13 es el número de los sureños y el 14 el de los norteños (la catorceava letra del abecedario es la "N", que representa al norte, la treceava la "M", que representa al sur) y, como dice un sureño entrevistado en el libro de Valenzuela, más que con la cábala, el 13:

> "Se asocia con esta ambivalencia del querer vivir y el evadirse (...) simboliza la vida loca, la loquera, la cura, el vato saico; la "M" es la treceava letra del abecedario, la "M" rifa, el trece rifa. Marihuana inicia con "M"; "marihuana rifa": "mi vida loca rifa" (JV;1988).

De manera que la pertenencia se puede considerar como una de las motivaciones clave en la adquisición del tatuaje. La persona que tiene tatuado el número 13, y que, como vemos, articula un discurso más o menos complejo en relación a la elección de esta cifra como compañera cutánea permanente, me-diante el ritual de paso que implica marcar su piel le indica a la sociedad su pertenencia a un grupo que le otorga el espacio mítico que le ha sido negado en el mundo del trabajo secularizado y la vida anónima de la ciudad.

Es en aras de esta lucha contra el anonimato que se busca la identificación con un grupo de amigos, con una pandilla, con los fanáticos de un grupo de rock o de un equipo de futbol. Y como la comunidad no existe sin ritos comunes, sin lazos simbólicos que unan a sus integrantes, es entonces que el tatuaje entra en juego como lazo en el que se combinan los valores simbólicos del dolor, la sangre, el sometimiento voluntario.





Tatuaje e identidad adolescente: a la búsqueda de ritos

> *"[...] si el adolescente sintiera que el medio trata de privarlo de una manera demasiado radical de todas las formas de expresión que le permiten desarrollar e integrar el próximo paso, puede llegar a resistirse con la fuerza salvaje de los animales que de pronto se ven obligados a defender sus vidas, porque en la jungla de la existencia humana un individuo no puede sentir que está vivo si carece de un sentimiento de identidad" (11)*

Estas palabras, escritas por el antropólogo y psicólogo Erik H. Erikson, hablan del anhelo existencial del humano por saberse único pero al mismo tiempo parte integral de un todo, anhelo cuyo cumplimiento en las sociedades de pensamiento mítico se da por sentado. En la sociedad moderna, el hombre se enfrenta al dilema de crear su propio universo mitológico a partir de los numerosos y casi siempre contradictorios mensajes que se le ofrecen a cada instante desde su primera infancia en forma de eslogans, anuncios, ideologías políticas, etcétera, pero como en general la sociedad occidental no ofrece ritos de paso, el joven recurre a medios como el tatuaje para afirmar no sólo su adhesión a un grupo, sino también en búsqueda de cierta permanencia simbólica (el tatuaje estará ahí siempre) como reacción ante el incesante y siempre cambiante torbellino simbólico que vive como ente urbano.

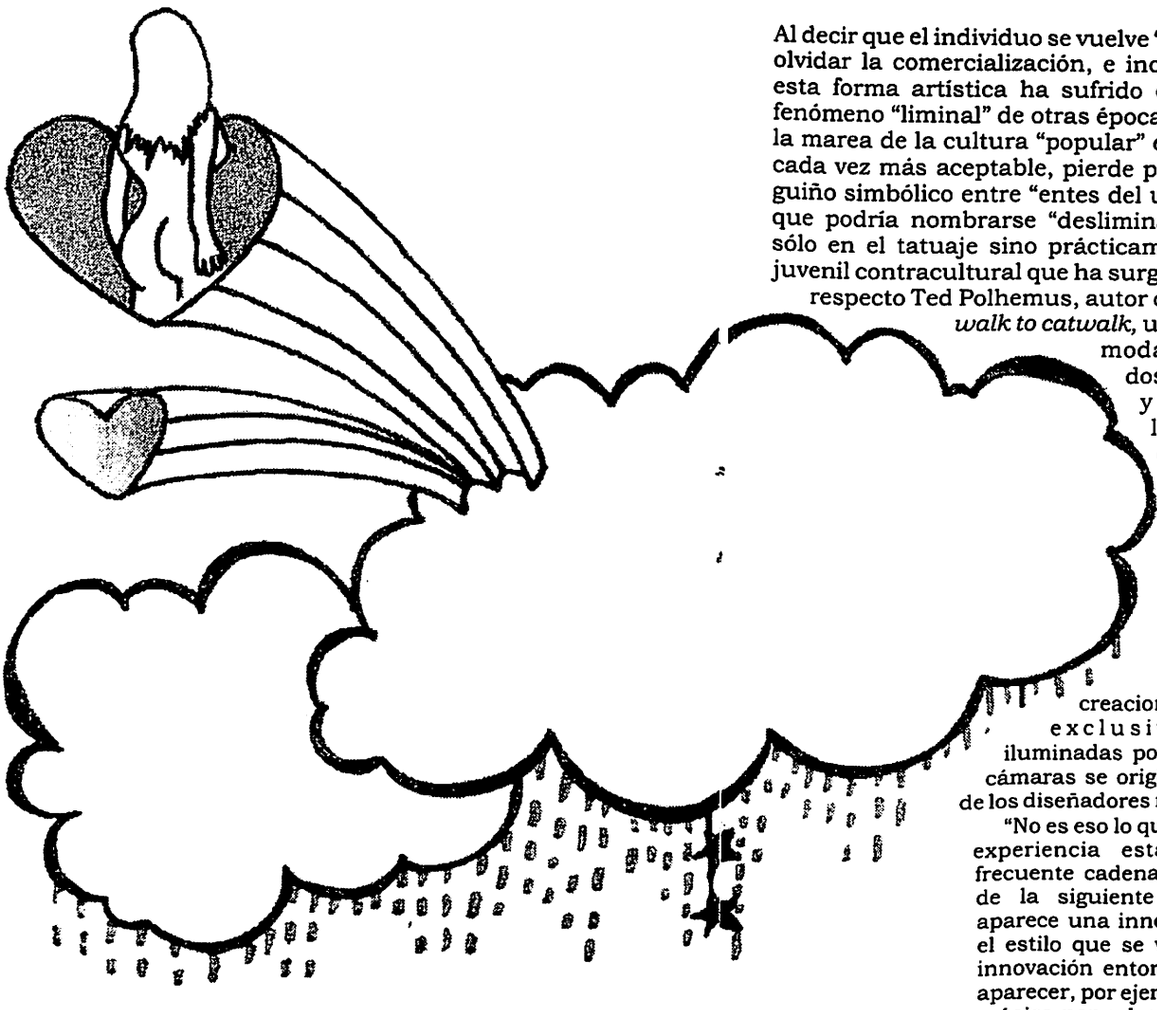
> "La afirmación personal, la vanidad y las ilusiones pueden ser factores tan importantes como el simple deseo de decoración, la confirmación o el rechazo directos de una indicación de hermandad social y de status. Pero el deseo de tener una identidad inalterable siempre será padre de este pensamiento" (KG; 1997).

Al tatuar su piel el joven manifiesta un compromiso de por vida con las ideas o los sentimientos (amor, amistad, deseo de probar los límites personales) que le dieron identidad al empezar a ser adulto y, al mismo tiempo, se crea para sí mismo el tan necesario rito de paso que la sociedad establecida no le ofrece. A este respecto vale la pena citar a Victor W. Turner, quien en su libro *El proceso ritual: estructura y antiestructura*, habla sobre esta carencia contemporánea:

> "En la sociedad occidental contemporánea [...] los representantes de las categorías adolescentes y juvenil-adulta que no tienen la ventaja de los *rites de passage* nacionales se marginan del orden social basado en el status y hacen suyos los estigmas de los inferiores" (12) (VT; 1988).

La piel como espacio de rebeldía

[...] que un cuerpo decorado de una manera en particular sea visto como deseable, profano, sucio, o indeseable, depende de la herencia cultural común de cada sociedad (KG; 1997).



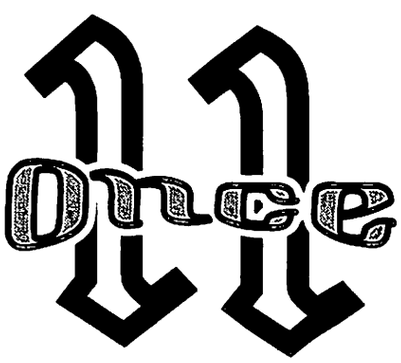
Si consideramos que en nuestro pais el tatuaje ha sido tradicionalmente considerado como práctica de bandidos y seres antisociales, podemos relacionar esta afirmación con el deseo del joven que acude a hacerse un tatuaje (desde el que va a un puesto callejero hasta el que tiene los medios para pagar el servicio de un tatuador profesional) para reafirmar su personalidad (rebelde e indomable a sus propios ojos) ante padres, amigos y autoridades. Ante los segundos la marca en su piel se convierte en símbolo de unidad solidaria. Ante los primeros y los últimos, en estigma del rechazo ante los valores establecidos por familia y gobierno.

Para Turner, los rituales de paso se componen de tres partes: separación, umbral (periodo liminal) y agregación. La primera etapa "comprende la conducta simbólica por la que se expresa la separación del individuo o grupo" (VT; 1988). Durante este periodo (correspondiente a la adolescencia) la persona comienza a alejarse del mundo cerrado del hogar y se rodea de elementos externos que le ayudan a reflejar la incipiente identidad que se va construyendo. El joven se siente "separado" del grupo familiar y es entonces cuando accede a la segunda etapa, la de "umbral", una especie de limbo en el que ya no es parte del grupo familiar pero todavía no ha pasado a formar parte del grupo de los adultos, es aquí cuando viene la prueba, el rito necesario para que la persona pase de la etapa liminal a la de agregación o reinserción. Es también aquí cuando, como vimos en la sección anterior, el tatuaje cumple su función ritual y simbólica del nuevo lazo que el individuo ha formado. Es importante señalar que en este deseo de pertenencia y de rechazo a la antigua identidad el joven siente el llamado al alejamiento, vive las penurias del limbo "liminal", y goza de la reinserción en un esfuerzo personal que le hace sentir a él, como individuo, la fuerza que viene de haber realizado un acto irreversible: un acto que lo vuelve "guerrero".

Al decir que el individuo se vuelve "guerrero" no se pretende olvidar la comercialización, e incluso mediatización, que esta forma artística ha sufrido en los últimos años. El fenómeno "liminal" de otras épocas se ha ido diluyendo en la marea de la cultura "popular" establecida y, al volverse cada vez más aceptable, pierde poco a poco la calidad de guiño simbólico entre "entes del umbral". Este fenómeno, que podría nombrarse "desliminalización", es visible no sólo en el tatuaje sino prácticamente en todo fenómeno juvenil contracultural que ha surgido durante este siglo. Al respecto Ted Polhemus, autor de *Street style: from sidewalk to catwalk*, un libro que, a partir de la moda, caracteriza cuidadosamente las tendencias y "tribus" contraculturales de la segunda mitad del siglo XX, pregunta lo siguiente:

> "¿Realmente los nuevos estilos comienzan con la Alta Moda y se 'vulgarizan' para el consumo popular? [...] ¿las creaciones que vemos en exclusivas pasarelas iluminadas por los flashes de las cámaras se originan en las mentes de los diseñadores más importantes?
>
> "No es eso lo que yo he visto. En mi experiencia esta cada vez más frecuente cadena de eventos ocurre de la siguiente manera: primero aparece una innovación genuina en el estilo que se ve en la calle, esta innovación entonces puede llegar a aparecer, por ejemplo, en un video de música pop y los niños que habitan las calles de otras ciudades y paises comienzan a adoptarla. Es entonces cuando, finalmente al final y no al principio de la cadena, aparece como parte de la colección de un diseñador famoso una versión estilizada de la idea original" (13). (TP; 1994)

Esta "versión estilizada" es la que podemos observar en las dermis de los cantantes y artistas que ahora utilizan tatuajes, sin causar más que una risa o un suspiro al aire y un "¡ay! qué jóvenes estos los de ahora", murmurado entre dientes por algún anciano. Sin embargo hace no demasiado tiempo, en la década de los ochenta, una persona con tatuajes podía ser detenida, ya que tenerlos era razón suficiente para arrestos administrativos injustificados, cosa que ya no se ve tanto. Esto es así porque en ese entonces no había personalidades del espectáculo que estuvieran tatuadas, ni basquetbolistas, boxeadores y futbolistas millonarios con brazos y torsos cubiertos de imágenes.



Es verdad que ahora el tatuaje ya no representa el estigma social de antes, también es innegable que los métodos modernos de aplicación se alejan mucho de las dolorosas prácticas realizadas en Samoa o la Polinesia, o que el componente ritual apenas se encuentra presente en un moderno estudio profesional de tatuajes. Con base en esto sería cómodo decir que ha desaparecido por completo su función ritual, sin embargo, hacerlo sería pasar por alto uno de los aspectos más importantes que este arte representa: la lucha del individuo por controlar, como último reducto de la intimidad, el propio cuerpo.

La mayoría de los jóvenes que recurren por primera vez a los servicios de un tatuador lo hacen en abierta oposición a los deseos de sus padres, con la intención de reafirmar su individualidad y la posesión de un cuerpo que, durante la infancia y la pubertad, fue reclamado por sus progenitores. No importa si el primer tatuaje es un dragón chino, una calavera rodeada de espinas, o un ingenuo Garfield, el primerizo se tatúa con el deseo de marcarse la piel y, así, marcar también su territorio corporal alejándolo de la jurisdicción paterna.

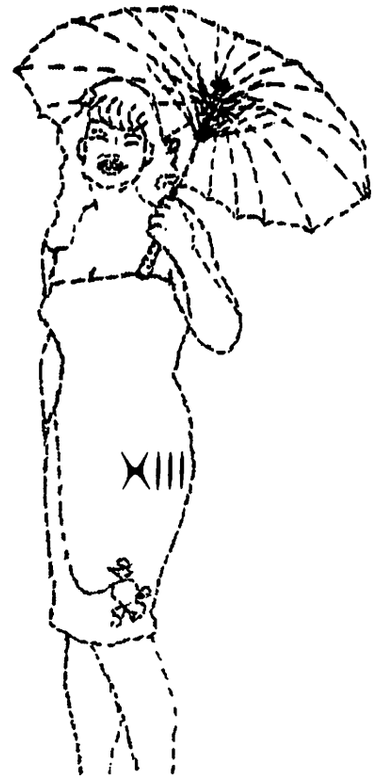
Pero aunque la rebelión inicial se da en el ámbito familiar, la estructura social misma (reflejada en figuras de poder como la policía y los gobernantes) se convierte pronto en la instancia opresora que amenaza con robar la individualidad, la humanidad de la persona. La lucha mítica de Narciso pasa del Padre al Sistema y es en contra de esta "Babilonia" que la persona se enfrenta, utilizando al tatuaje y la modificación corporal en general como emblemas de su causa. Este fenómeno se muestra con especial claridad entre las personas que adquieren tatuajes en las cárceles: La lágrima en el ojo, el cuerno de chivo sobre la planta de mariguana, la virgen protectora, el retrato de la madre, la hija o la jaina: todos estos son símbolos que le ayudan a reafirmar su personalidad al individuo que está inmerso en un medio ambiente hostil que intenta robársela. El preso cubre de mitos su piel para así llevar adelante la vida de encierro, para poder "hacer tiempo".

La piel como vínculo con el "Gran Tiempo"

> *"Es significativo constatar una cierta continuidad del comportamiento humano en relación al Tiempo a través de las edades y en múltiples culturas. Puede definirse este comportamiento de la manera siguiente: para curarse de la acción del tiempo, hay que 'volver hacia atrás' y alcanzar el 'comienzo del mundo'".*
> Mircea Eliade (14)

Hasta ahora se ha dicho que el tatuaje es expresión de la reacción del individuo en contra de la desmitificación simbólica del mundo moderno, pertenencia, rito de iniciación, reafirmación de la individualidad mediante la toma simbólica del propio cuerpo, así como rebelión. Ahora, me gustaría ahondar un poco más sobre este último aspecto, no tanto en cuanto la rebelión ante un orden social, sino ante la tiranía del tiempo.

Como aspectos polares de esta rebelión "en contra del tiempo" se encuentran por un lado los tatuajes conmemorativos, que recuerdan a personas queridas y ausentes: por ejemplo, los corazones flechados o atravesados por una daga y sellados con el nombre del hombre o la mujer que se ama o se amó, así como los que marcan la pertenencia a lugares de los que uno se ha visto en la necesidad de alejarse, pero no desea olvidar. Entre la población migrante mexicana en los Estados Unidos abundan este tipo de imágenes: rosas sangrantes con el nombre del pueblo de origen; letras góticas en espalda, panza o pecho, con las letras del nombre de la calle, del barrio o del país de origen. Mediante la palabra o la imagen tatuada el hombre se pone en contacto con su memoria, al hacer entrar los recuerdos en su piel los convierte en talismanes.



En otro polo de la misma lucha por el tiempo se encuentran los tatuajes que muestran la conexión con un pasado colectivo, como los guerreros aztecas de Helguera, que son un ícono clave de la imaginería del tatuaje chicano, con un pasado que, por deformado o idealizado que pueda estar, se abre como conexión con las raíces míticas de un pueblo. En México y las regiones de Norteamérica con población mexicana es común que el tatuador dedique una buena cantidad de su tiempo a grabar imágenes prehispánicas, de la misma manera que en los países de ascendencia céltica los intrincados diseños de esta cultura son la norma. Los jóvenes urbanos modernos a través del tatuaje buscan identificarse con el pasado y, al hacerlo, convierten a este arte en una práctica con fuerte carga mítica, ya que se actúa en el presente según lo que se considera, sin mayor certeza histórica, repetición de una práctica de *ille tempore*.

Aunque sería demasiado romántico e irreflexivo creer que la relación que los hombres y mujeres urbanos mexicanos tienen con el tatuaje viene por una conexión directa con la práctica de este arte realizada por ejemplo entre los mayas, o los chichimecas, es innegable que actualmente muchas personas utilizan el tatuaje como un medio para reconectarse (o sentir que lo hacen) con la versión mexicana del universal mito del pasado glorioso y perdido: el supuesto edén de la vida antes de la conquista.

El siguiente es un testimonio recolectado por el autor en el que Alfredo (alias el Carroña), tatuador de 26 años, habla sobre este sentimiento de conexión con el pasado abolido:

> "A mí me gusta expresarme de ese modo, ¿no? Por ejemplo, los tribales pus no sé... [significan] que me identifico con las culturas primitivas, ¿no? Que en realidad me gusta mucho... y los prehispánicos pus [para] que la gente sepa que tienes una identidad prehispánica, que algo de ellos quedó en ti, ¿no?"

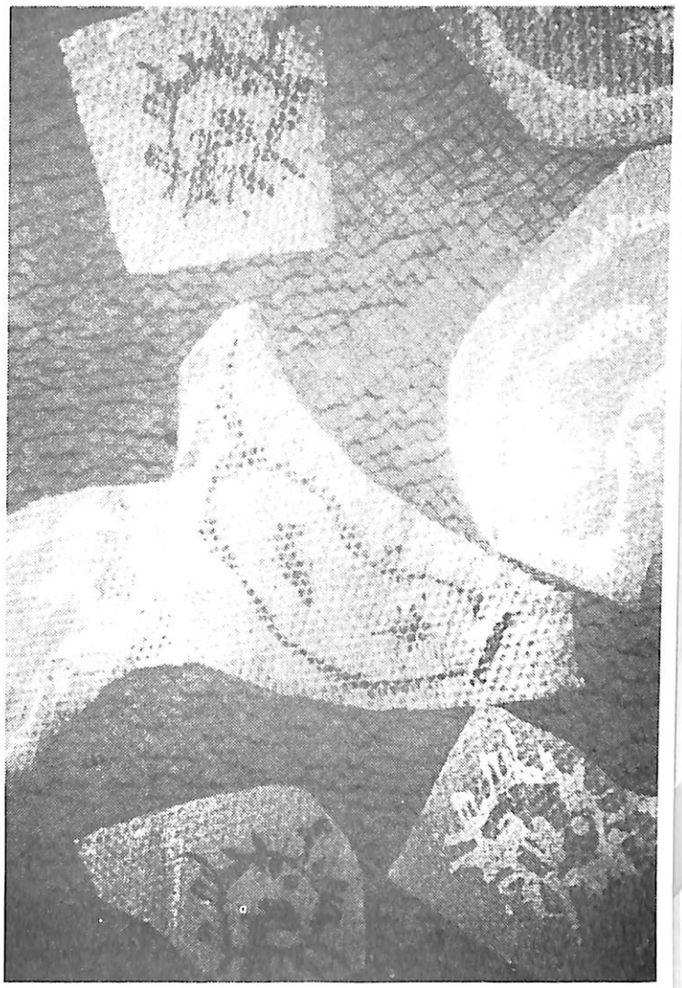
Este tatuador, en cuanto tatuado con figuras prehispánicas y "tribales", se conecta con el tiempo mítico no sólo en el momento de recibir la tinta y la aguja en la piel, sino en cada instante en el que readquiere conciencia del tatuaje que como recordatorio de su pasado, le ofrece un escape del tiempo histórico, que lo aleja irremediablemente de sus ancestros, le ofrece una manera personal de "volver hacia atrás" y recuperar la historia. De esta manera el hombre convierte su piel en medio no sólo de búsqueda, afirmación o rebelión, sino también en espejo vivo del sentimiento de pertenencia al "Gran Tiempo" que no forma una línea, sino un círculo.

Conclusión

Como se mencionó al inicio de este ensayo, en palabras de Claude Lèvi-Strauss, el Tiempo Primordial al que se accede a través de los mitos es un "pasado abolido" que se aplica "como una trama sobre las dimensiones del presente" y no sólo el tatuaje sirve como válvula de escape para el hambre de ritos y mitos del hombre contemporáneo. La televisión, por ejemplo, es otra forma, acaso más cómoda, de desconectarse del tiempo secular para entrar como por arte de magia al terreno de lo mítico: el incesto, la lucha entre el bien y el mal, la niña pobre que llega a princesa, etcétera. A través de la pantalla se intenta compensar la pérdida de creencias y rituales colectivos. Sin embargo, el ser humano no puede sobrevivir exclusivamente a partir de chatarra mítica: *Dragon Ball* o *Maria la del barrio* no bastan para llenar el vacío producido por la extrema negación mítica y ritual que se da en el mundo moderno. De la misma manera que los *Cheetos* y las *Sabritas* no pueden satisfacer las necesidades alimenticias de ningún hombre o mujer, tampoco los videojuegos, ni los mundiales de futbol, pueden saciar el ansia que sentimos, como seres humanos, por encontrarle justificaciones míticas y rituales a nuestras existencias. Quizá sea esta falta de "sustancialidad mítica" una de las causas principales de la coincidencia y en ocasiones convergencia del auge finisecular de la modificación corporal con el de la religiosidad *New Age*. La creatividad individual le opone a la sociedad sus recursos y, mezclando elementos de distintas culturas y épocas, utilizando el cuerpo como mapa gráfico de la propia vida y anhelos.

Notas

(1) Campbell, Joseph, *Myths to live by (how we recreate ancient legends in uor daily to release human potential)*, New York, Bantam Books, 1972.
(2) Groning, Karl, *Decorated skin: a world survey of body art*, London, Thames & Hudson, 1997.
(3) Soustelle, Jaques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, FCE, 1953.
(4) La Nueva Biblia Latinoamericana, Levítico 19:28, Madrid, Ediciones Paulinas Verbo Divino, 1972.
(5) Vale, V. Y Juno A. (comp.), *Modern primitives: an investigation of contemporary adornment and ritual*, San Francisco, Research, 1989.
(6) Jung, Carl, *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1976.
(7) Lipovetzki, Gilles, *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona, Anagrama, 1986.
(8) Levi-Strauss, Claude, *Elogio de la antropología*, Buenos Aires, Calden, 1976.
(9) Eliade, Mircea, *Myths, dreams and misteries: the encounter betwen contemporary faiths and archaich realities*, New York, Harper Torchbooks, 1960.
(10) Valenzuela, José Manuel, *A la brava ese... (cholos, punks y chavos banda)*, Tijuana, Colegio de la Frontera Norte, 1988.
(11) Erikson H., Erik, *Identidad, juventud y crisis*, Buenos Aires, Paidos, 1968.
(12) Turner, Victor W., *El proceso ritual: estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus, 1988.
(13) Polhemus, Ted, *Street Style: from sidewalk to catwalk*, New York, Thames and Hudson, 1994.
(14) Eliade, Mircea, *Mito y realidad*, México, 1983.



Generación espontánea
Serigrafía en plástico sobre agua
200 x 200 cm
2002

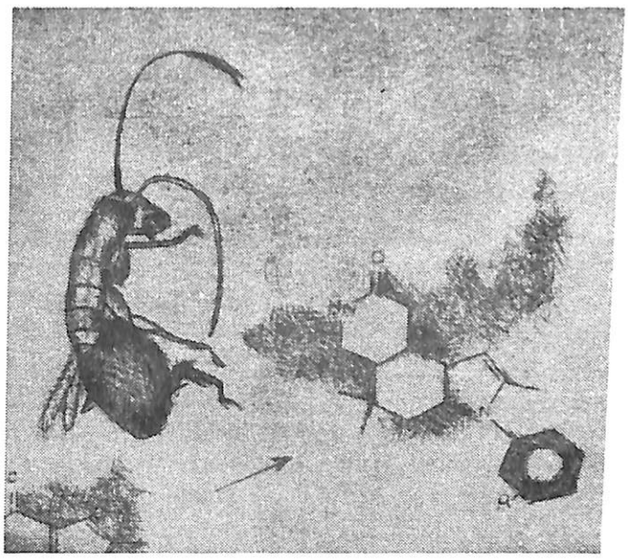
***A través del microscopio*, de Ana Rojas**

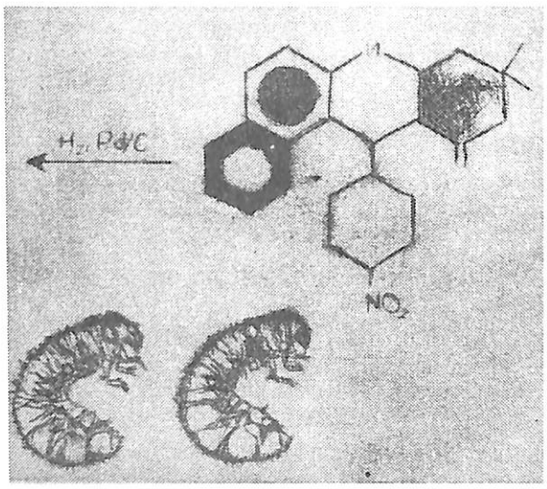
Ana Rojas hace manifiesta la clara impronta psicológica que la unidad binaria enfermedad-cura produce en el individuo y la forma en que éste juega para la ciencia un doble papel como objeto de estudio carente de facultades metafísicas y motor espiritual de la medicina.

No sería descabellado afirmar que el tema que subyace a la obra de esta artista es el cuerpo, sus procesos orgánicos inherentes (nacimiento, crecimiento, decadencia y muerte) y la analogía que entre ellos y la interacción arte-ciencia puede haber.

Ricardo Alonso

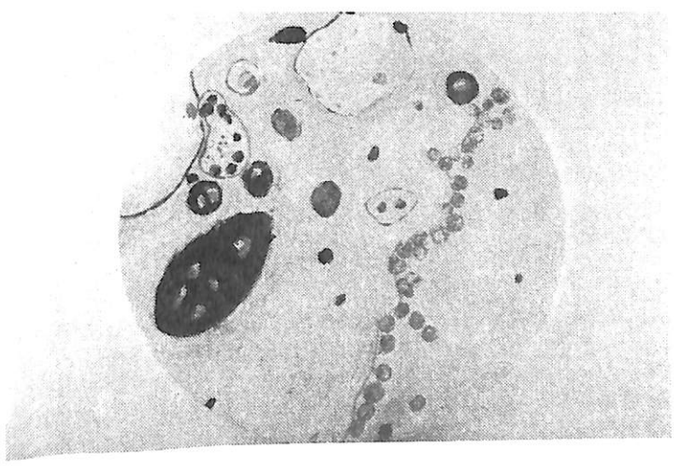
Pablo bicho
Punta seca en acrílico
11 x 11 cm
2000

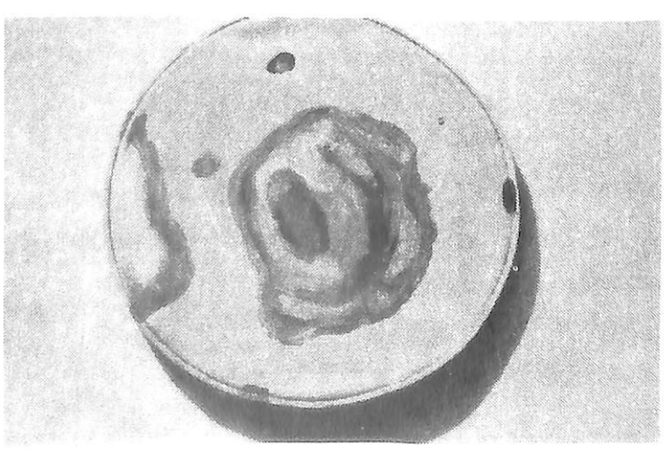




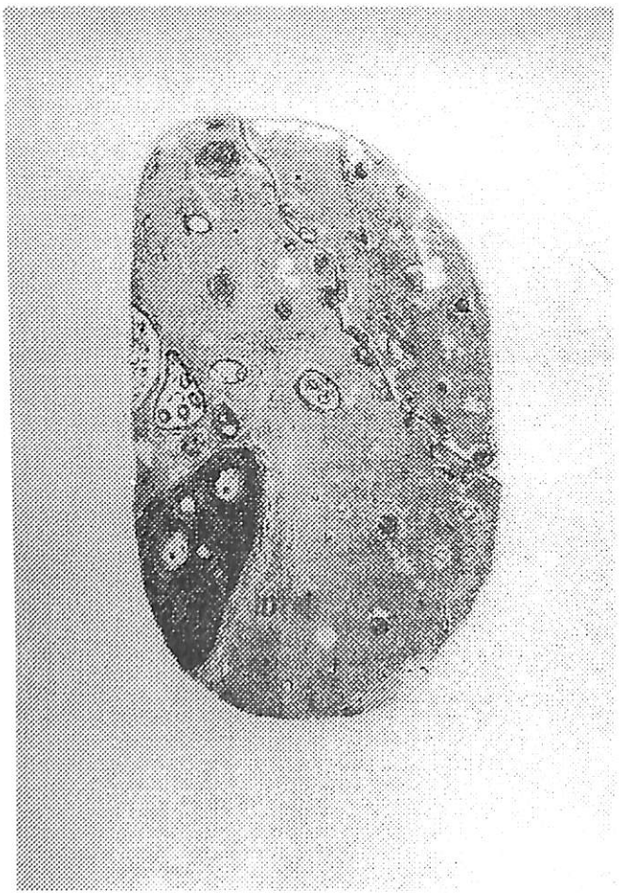
Mamá gallinas
Punta seca en acrílico
11 x 11 cm
2000

Pequeña epidemia a través de la lente
Acrílico sobre madera
90 cm de diámetro
2003





Célula
Acrílico sobre tela
25 cm de diámetro
2003



En la lente
Aguafuerte y aguatinta
53 x 39.5 cm.
2003

TR3S CUENTOS

Los tres textos que se publican en las siguientes páginas son los ganadores del concurso de cuento de la Facultad de Humanidades de la UAEM, organizado por el Comité de la Sociedad de Alumnos en el verano de 2003. El jurado estuvo integrado por el poeta Javier Sicilia, la doctora Martha Elena Munguía y el doctor Ignacio Díaz de la Serna, catedráticos de esa Facultad, quienes dieron el primer lugar a Difunto prematuro, ***el segundo a*** Lágrimas de Susana ***y el tercero a*** Testén. ***La entrega de reconocimientos a los ganadores estuvo a cargo del cronista Carlos Monsiváis.***



Difunto prematuro

Ibán de León Santiago

El entierro más extraño al que he acudido, sin duda, ha sido el de mi padre. A los ocho años ciertamente no se sabe mucho sobre estos asuntos mortuorios. Con el pensamiento atado aún a los juegos de la infancia, había presenciado el entierro de mi abuela paterna tan sólo dos años antes; mi memoria más reciente me guiaba por un camino aglomerado de recuerdos lúdicos y fúnebres con el sepelio de un pequeño sobrino fallecido hacía dos meses. Por las noches, en la oscuridad de mi cuarto, ese como canto de ángeles malignos que se escucha en las iglesias sonaba insistente en mi cabeza. Debía rezar, y rezaba abrazado a la almohada, pensando en el día, en el irisado reflejo de la ventana sin cortinas mirando hacia el oriente, la luz esparcida sobre mi rostro, inundándome con la luminosidad de una nueva mañana. Alguna experiencia tenía yo con respecto a los dictámenes de la muerte.

Mi padre había permanecido en el hospital casi tres meses. Durante ese periodo, ni a mis hermanos ni a mí nos permitieron verlo; el doctor dijo que podría ser perjudicial para nuestra salud el contacto con los enfermos. Hacía dos semanas lo habían traído a casa; padecía un mal en los riñones, según me enteré escuchando en los resquicios de las puertas. Me pareció sorprendente que todos los mayores (incluyendo mi madre) hablaran de velorio, siendo que mi padre aún respiraba.

Era una nublada mañana de sábado (día de asueto en la escuela). El cielo atiborrado de nubes grises con el agua a punto de desplomarse sobre la tierra; el viento soplaba fuerte, formando remolinos que se alejaban llevando consigo el polvo a través del extenso campo verdecido por las primeras lluvias. Desperté muy temprano, pues

los sábados, mis hermanos y yo acostumbrábamos nadar en el río; entré al baño, me lavé la cara y me enjuagué la boca. Al acudir a la cocina para tomar el desayuno, en el instante mismo en que salía del cuarto, una mano me detuvo tomándome con fuerza por el hombro; era la mano de mi madre.

"Será mejor que te prepares, hoy es el velorio de tu padre."

El asombro tomó forma en doce simples e insípidas palabras; arrastré la mirada por el suelo y salí al corredor que daba hacia la calle. El lugar se encontraba plagado de flores y coronas luctuosas. La iniquidad del recuerdo tiene un aroma y un color fácil de reconocer: el miedo guardado para las noches comiéndome los huesos, los ojos fijos, la piel fría, la saliva fluyendo por la garganta hacia el estómago, el silencio, después una voz alterada en la escasa distancia de algunos metros, martirizando mis ateridos tímpanos.

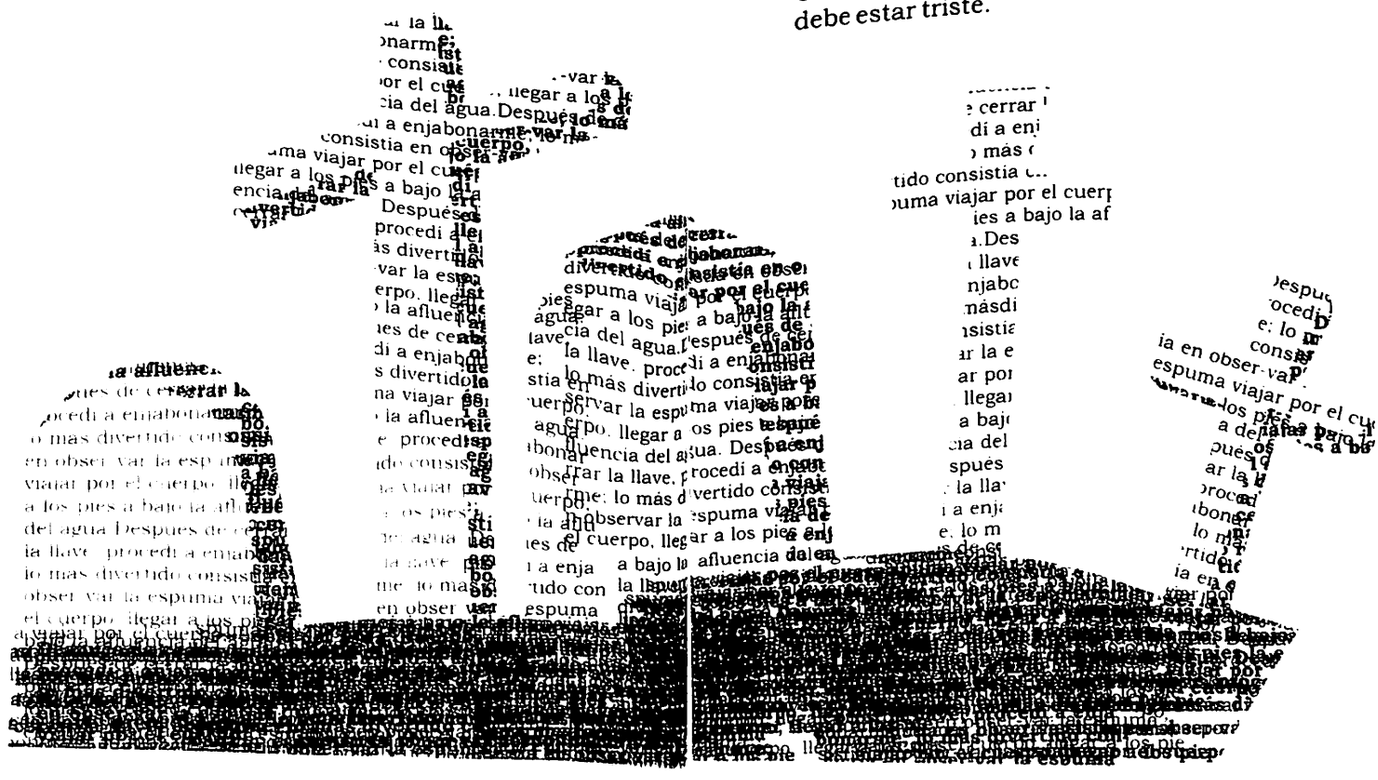
"Muévete cabroncito."

Y me moví; la tía que acababa de gritarme indicó que debía arreglar el lugar. Fui por una escoba e inmediatamente me puse a barrer. El agua se desprendió del cielo, pero con mucha suavidad; la brisa apenas perceptible humedecía los tejados, dándole un color más de barro, más puro, como si estuvieran recién terminados de hacer. Pasé la mañana de ese sábado limpiando y acomodando infinidad de objetos sacros para un velorio inexplicable. Levantaba el polvo, sacudía, le daba brillo a las imágenes de esos misteriosos personajes con cara de amistad enfermiza. Estaban ahí, petrificados, los ojos sin vida, con la pupila más oscura que jamás he visto.

De la calle llegó el sonido de una bocina; vislumbré la figura de mi madre en el hueco de la puerta; pasó rozando mi espalda, luego abrió la verja que protegía la entrada principal de la casa; por ella entraron dos hombres llevando consigo un impecable ataúd; lo colocaron sobre la mesa en el centro del corredor que mi padre había construido para las reuniones familiares; regresaron y trajeron cuatro enormes cirios que acomodaron en cada esquina del oblongo cajón. A mediodía, alguien me preguntó si tenía hambre; asentí, y ese alguien me trajo un plato de mole que comí a grandes bocados con unas tortillas hechas a mano por unas señoras que salieron no sé de dónde y que estaban instaladas en la cocina; más tarde, me extendieron una taza de café bien caliente. El letargo pasó muchas veces por mi cabeza antes de echar a dormir el cuerpo sobre el piso.

Abrí los párpados; la silueta confusa de mi madre fue esclareciéndose: el vestido negro, las trenzas largas descendiendo por la espalda; giró: el semblante duro, habitado por el irracional misterio de aquellos ojos extrañamente impávidos. Mandó que me bañara y me pusiera la ropa determinada para esas ocasiones. La ropa aguardaba perfectamente doblada sobre la cama; la tomé y me introduje al interior del baño. "No es igual que bañarse en el río", pensé. Tiritaba bajo la afluencia del agua. Después de cerrar la llave, procedí a enjabonarme; lo más divertido consistía en observar la espuma viajar por el cuerpo, llegar a los pies y perderse después en el céspol. Me sequé, me vestí y abrí la puerta. Afuera mi madre esperaba. Ordenó que acudiera a su recamara para ver si ya era momento de transportar el cuerpo, y si no, que permaneciera allí y le avisara, pues aún debían lavarlo. Obedecí, fui y me senté junto a la cama de mi padre.

Nunca lo había visto a los ojos, poseían el destello borroso de un cristal; a ratos, sus pupilas se dilataban y adquirían un color grisáceo; transmitían el cansancio de una ancianidad prematura (apenas pasaba de los cuarenta). Se fueron cerrando paulatinamente; el sentimiento de culpa dio como un disparo en el fondo de mis intenciones sin causa; aquella silenciosa decisión seguramente obedecía a mi intransigente falta de respeto. Su mirada dolía, a pesar de estar tendido en el lecho, muriendo y a punto de ser llevado a la tumba. Los recuerdos se agolparon en mi cabeza por la vastedad de aquel silencio; quise hacerlos gratos, mas no me fue posible; ese hombre había causado mucho dolor a mi madre, a mis hermanos y a mí. Evoqué las palizas injustificadas, los regaños por la impaciencia de no querer ser padre y, sobre todo, los golpes que mi madre recibía si algún detalle insignificante lo hacía levantarse de su silla de juez supremo. Mi mente giraba envuelta en un cúmulo de rencor, dolor sin sentimiento; pero yo no tenía más padre que ese, quizá pudiese tenerlo en otro tiempo, en otra vida, ahora únicamente existía él, y no volvería a tenerlo. Cuando se pierde algo que sólo se tiene una vez, se debe estar triste.

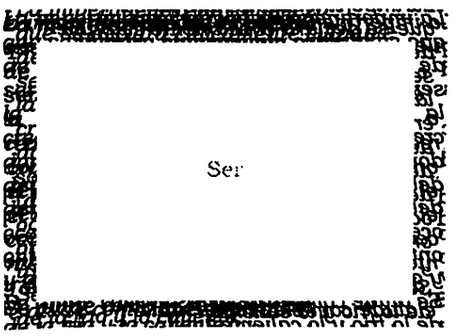


Nada cambió los sucesos en aquel infausto día; mi madre seguía con esa dureza inamovible, y yo la comprendía de la misma manera que lloraba a una palabra abstracta: muerte. Los vecinos dirían: "en esa casa está la muerte". Creo que para verla se necesita estar muerto. Lloré, es cierto, sin permitir que el sonido íntimo del llanto escapara por la boca, pues a mi padre no le gustaba que lloraran en su presencia.

Llegó la noche; en lo alto, el firmamento no destapó siquiera una estrella. La luz se producía por los relámpagos que en su efímera aparición abrazaban las sombras. Yo permanecía agazapado en una silla, como si un ente extraño rondara la oscuridad de la casa. La llovizna dio paso a la tormenta; primero fueron unas gruesas gotas intermitentes, luego todo se desbordó en una infinita caída de agua; el golpeteo de la lluvia sobre el tejado imperó en cada esconce de la habitación. Mi madre vino a tientas y encendió la luz. Me trajo la cena, y confirmó lo que todos sabían (mi padre aún no estaba muerto) para después marcharse arrastrando los pies, la mirada impasible extraviada en el insondable mundo de su rostro. Comí de nueva cuenta con la certeza de no tener hambre; al concluir, regresé a tomar mi lugar sobre la silla, cerré los ojos, no supe en qué momento dejé de escuchar la lluvia.

Un golpe seco en la nuca provocó que separara precipitadamente los párpados. La luz matinal se colaba a través de la ventana lanzando destellos difusos que tapiaban los muros del cuarto; algunos, en su perenne viaje sobre el espacio, chocaban de lleno con mis ojos. Volví el rostro, ahí estaba él; los rayos del sol daban a su figura un aspecto de rudimentaria pureza, sin aureola y sin alas, pero con la única sonrisa sencilla que me he encontrado en la vida. Vestía de blanco hasta los pies; la ropa y los zapatos los había comprado un tío la semana anterior; en ese instante comprendí el porqué de tan suntuosa adquisición. Me tomó de la mano, estaba frío como un pedazo de hielo; al parecer, su gélida imagen terminaría evaporándose en la superficie de aquella gastada epidermis; sudaba y olía a viejo; el vaho que despedía su piel era una caricia de polvo glacial. Recorrimos en silencio el pasillo que conducía al corredor. Tuve la impresión de haber sumergido el cuerpo en la corriente de un río, las piernas se movían con dificultad en aquel páramo de agua que había forjado mi mente, el llanto contenido amenazaba con salir a flote en la inmensidad de un fulgurante derrumbe de tristeza; en la distancia se escuchaban los cánticos para un muerto que me llevaba de la mano. Aparecimos en el corredor; las lágrimas fluyeron con cierta serenidad a pesar de todo. Las personas presentes en aquel rito, donde mi padre seguramente se había llenado de virtudes, se pusieron de pie, excepto mi madre, que siguió hincada y rezando, luego vino un desmayo colectivo por parte de mis tías. Mi padre esbozó una nueva y tenue sonrisa; pude observar la ironía en los labios de aquel extraño ser, siempre con la última palabra: la decisión intocable del patriarca. Tomó asiento en la silla más próxima y quedó muerto.

Esa tarde lo enterraron. Nadie lloró, nadie pidió por el descanso de su alma. Yo dormí muy tranquilo aquella noche.



Lágrimas de Susana

Alejandra Chio

Atardecía. Por la ventana abierta entraban los últimos rayos del sol. Un viento suave arrancaba silbidos al enramaje de los árboles y los susurros aterciopelaban el ambiente. Desnuda, Susana bailaba junto al balcón, el movimiento de sus brazos y piernas era lento y continuo, ya los estiraba, ya las doblaba o giraba. Se veía en el espejo colocado a poca distancia del balcón, sin hallar salida al extravío que significaba aquello. Se miraba sin recato, fascinada, enclavando los ojos en el contorno de su cuerpo recortado por la luz crepuscular, en sus volúmenes perversamente equilibrados, en los espacios donde no cabían tantas dimensiones y pausas. Disfrutaba la sensación de saberse desnuda, sintiendo las gotas de sudor que le resbalaban por el cuerpo; las sentía deslizarse lentamente desde los sobacos hasta las caderas; olía sus exhalaciones; escuchaba el gotear de las sienes. El verse le hacía creer que se cobijaba con la mirada.

Desde una esquina de la mesa, una mujer sentada la observaba con ojos cavilantes; pensaba que Susana padecía la contemplación, por momentos creyó que era el reflejo quien sufría. La mujer sentada entrecerró los ojos y echo la cabeza hacia atrás.

Susana sentía el meneo de sus huesos, la velocidad acelerándole los nervios, su sangre burbujeando; también percibía el movimiento de su reflejo, la quietud de la mujer sentada que la veía, porque a través de Susana podía ver a su reflejo danzado.

Súbitamente el espejo expulsó una cascada transparente y gelatinosa que envolvió a Susana y la volvió hermosa, tanto como la que estaba sentada. Eran los modos pasivo y activo de una misma mujer. Ninguna sonreía. Tenían una expresión de serenidad en el rostro. Susana se distrajo con algo que estaba en el piso y que era parecido a un insecto. Se quedó un rato mirándolo. Mientras, la otra se levantó de la silla y se paró frente al espejo. Se descubrió el cabello largo y rojo que, violando la gravedad, se extendía horizontalmente como una repetición del ocaso. Susana examinaba su sombra reflejada en el suelo: sus contornos, la manera en que se movía, las dimensiones que adquiría según los movimientos, la expresión y hasta el olor. La que estaba frente al espejo se miraba directo a los ojos; estaba ciega de mundo, no veía más allá de ella.

como si estuviera a punto de evolucionar hacia sí misma. Susana reanudó su danza alrededor de la otra mujer. Por la ventana entraba lo más profundo del rubor vespertino e iba a caer justo al espejo, bañando a la mujer atrapada en su belleza. Susana bailaba con esa luz y en el espejo se reflejaban las formas que se tornaban vibrantes, como si ella estuviese envuelta por un aire evaporado. Y era el aire cada vez más tibio.

Con los ojos desorbitados y la voz pausada, la mujer dijo:

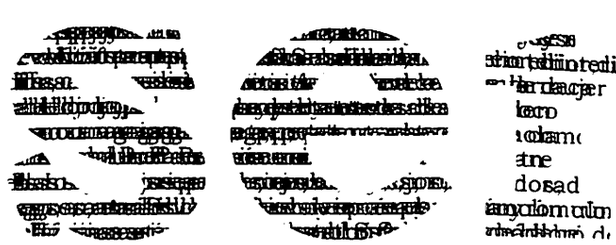
aquí
ahora
aquí
ahora

Del espejo salió una luz azul. Ella lo miró, se miró y se volvió transparente. Susana bailaba en el interior, difusa, como si se derritiera. A veces era la mujer de cabello rojo la que se proyectaba desde adentro como una vaga imagen, pero tan presente como la misma luz. Parecía como si se amoldaran entre ellas. Los ojos se pusieron azules, rojos, morados, negros, amarillos... Se volvieron espuma y un cúmulo de lágrimas se vertió por el rostro. Susana lloró de belleza, y sus lágrimas fueron palabras:

Llorar de belleza pura,
de belleza indómita.
La impertinencia de la belleza
que se declara cínicamente culpable
de
ser
la creadora del sol,
del rinoceronte y del sabio.
Se alude como la responsable
de lo frío y lo caliente,
como madre de la tibieza vespertina,
como creadora del beso
beso
beso.

Ella besó su imagen, guardando la distancia con el espejo. Se besó y se amó. Transgredió la ley que manda que no se puede ser más bella de lo que ya se es. Un puente se tumbó entre Susana y el espejo. El reflejo no tenía rostro, y el de ella no decía nada. Ya no podían alimentarse, y lo sabía, por eso comenzó a quitarse las máscaras que la protegían de lo terrible, se tomó su tiempo, una tras otra caían de su rostro como esas lágrimas que no lloró...

como lágrimas que no lloré.



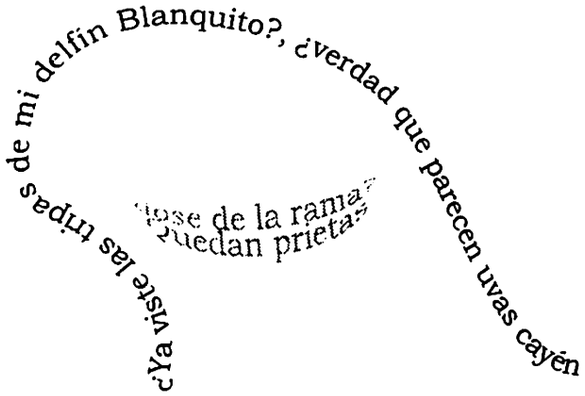
Como lamentos, se desmayaban en sus pies los antifaces de la ternura, la traición, la dignidad, la mentira, la libertad, la corrupción, el valor, la sensualidad, la tragedia...

y sigo llorando la belleza

Con cada máscara caía un pedazo del mundo que no quiso ver. Las caras inmóviles formaban un círculo alrededor de Susana, un fuerte que la protegía de ella misma.

y sigo llorando la belleza

Conforme caían, el semblante de la mujer se iba transformando. Las gesticulaciones eran abominables, a veces eran suspiros, a veces vacíos... El rostro adelgazaba, se iba quedando sin caretas. Con la noche cayó la última máscara y Susana se descubrió: su faz era un espejo que se miraba al espejo.



Pilar Angón

¿Ya viste las tripas de mi delfín Blanquito?, ¿verdad que parecen uvas cayéndose de la rama? Quedan prietas de tanto que les duele separarse, no les gusta estar solitas; como yo cuando me duermo.

Mi mamá me deja sola en la noche, su cuarto está enfrente del mío, siempre prende la luz para que no entre Testén. Él se metía en el cuarto cuando estaba oscuro, siempre entró por el cerrojo, donde va la llave.

Sí, puede hacerlo, y ¿sabes?, también tocaba la puerta del ropero, para que salieran todos sus amigos. Ellos no me gustaban, eran gritones, me quitaban la cobija y tiraban los juguetes de la repisa. Les gustaba ponerse los zapatos de mi mamí y como los ensuciaban, luego a mí me regañaban. Por eso no los quería. Cuando empezaban a sacar los calcetines era el colmo, tomaban las bolas aventándolas de un lado a otro, hasta rompieron mi lámpara de unicornio. El día de los calcetinazos, de pronto sentí unos tirones en los pies, ¡también querían mis calcetines! Uno de los amiguitos de Testén hasta se me sentó en la

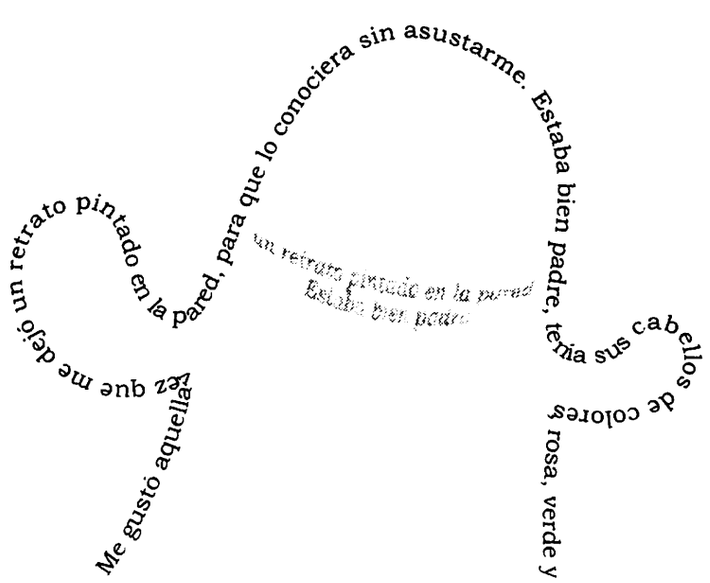
panza. ¡Híjoles! Sentí horrible, su panzota se parecía al balón que usa mi tío los fines de semana cuando juega en el parque, pero lo peor es que estaba llena de chocolate derretido. Tan grande era aquel amigo que como que los ojos se me salían junto con las tripas. Como no pudo quitarme las calcetas llegaron los otros, me empezaron a hacer cosquillas; yo gritaba y gritaba. No podía dejar de patalear; en eso llegó mi mami y en cuanto prendió la luz ellos ya no estaban.

A Testén no le gusta la luz (él sí es mi amigo, no me molesta ni agarra mis cosas o las de mi mamá). Cuando platicábamos, me explicó que solamente puede salir de noche, mientras está oscuro; la luz lo hace desaparecer porque "desintegra sus moléculas" (yo ni sé qué es eso, pero creo que eso le pasa a los vampiros cuando salen de día).

Supe que antes sus amigos vivían bajo las camas para asustar a los niños y molestarlos, pero ahora los papás ponen cosas o camas bajo las camas, y entonces ya no tienen espacio para vivir y se tienen que meter en roperos o en los cajones de algún mueble cercano.

A Testén le gusta platicar, le aburre andar molestando, dice que se le hace más interesante eso de lavarse los dientes. Cuando todavía no me conocía intentó lavárselos según me dijo y le salieron sapos en los labios. Por eso, esa noche quise decirle a mami que si me los lavaba me saldrían sapos, como a Testén, pero no le importó y de todos modos me los tuve que lavar (con miedo y todo, ¡eh!).

A Testén le gusta comer uvas, pero no de ésas que parecen tripas desabridas (dice él), de aquellas rojas; piensa que son más grandes. Yo lo he oído y no se las come, cuando las toca las destruye, se transforman en gelatina derretida (sin malvaviscos). A mí me sabe mejor la gelatina con bombones, de esos chiquitos, de ésos que te caben en la mano, de ésos que parecen velita de cumpleaños, y no me gusta derretida.



Siempre he querido ver a mi amigo pero él me lo tiene prohibido, le parece que yo me asustaría si lo viera; aunque dice que a muchas de sus amigas se las trae loquitas. Una vez intenté verlo con una lamparita de mi papi pero en cuanto apreté el botón desapareció Testén. Pero su voz, ésa sí que la oigo, es como la de mi abuelito, pero más bajita; como que me habla despacito para que sólo yo lo escuche.

Me gustó aquella vez que me dejó un retrato pintado en la pared, para que lo conociera sin asustarme. Estaba bien padre, tenía sus cabellos de colores, rosa, verde y de ese color que mi abue tiene en su casa y nunca me puedo acordar cómo se llama. Las manos eran todas rojas, muy grandes; pero los pies ya no le cupieron porque se le terminó la cancha para pintar. Claro, a mami no le gustó y, como no entendió el dibujo, me puso a lavar la pared.

Testén me pasó una receta para no sufrir de dolores de panza después de comer esas extrañas comidas, ¿comidas qué?, ¡ah!, sí, comidas orgánicas que cocina mi mamá, ¡que para que crezca bien y fuerte!... A la hora en que te sirven el plato, ya sabes, lleno de una cosa que parece plastilina, dices que ahorita comes; nomás que te laves las manos, luego regresas, agarras y te empiezas a retorcer porque te duele el estómago, así te adelantas a los hechos y luego te dan chance de irte a la cama. Lo malo es que no me funciona siempre porque ya no me creen, pero es divertido ver que mi mamá va corriendo a llamarle al doctor por teléfono.

Las tripas que dibujé ayer se me ocurrieron en la escuela, cuando vi la comida de Hugo, es lo que hago desde que mi mami descubrió que prendiendo la luz ya no venía mi amigo Testén y, sobre todo, sus amiguitos, que eran los que dejaban mi cuarto hecho un tilichero.

Fue algo raro, ella no podía oírlo, ni me creía que existía, decía que era algo de la edad, que ya se me pasaría. Pero, no sé, creo que me estaba espiando el último día que hablé con él y fue justo el día que me dijo por qué no le gustaba la luz. No sé si lo pudo escuchar o más bien pienso que a mí fue a quien oyó. Aunque también pudo ser... Pero no, no creo, mi tío Pepe no le diría nada a ella. A él sí le puedo contar lo que Testén me decía porque sí me cree. Cuando Testén se hizo mi amigo mi tío Pepe fue el único que me creyó, jugábamos juntos y a veces, cuando él se quedaba a dormir en la casa, venía a mi cuarto y platicaba conmigo y con Testén, claro, él no lo escuchaba, pero yo le iba diciendo lo que mi amigo decía y mi tío platicaba con Testén y conmigo. Por eso no creo que le haya dicho a mi mamá que a Testén lo desaparece la luz, ni que platicamos con él muchas veces.

Me gustaba platicar con mi amigo el invisible. A veces lo extraño pero ahora hago mis dibujos. Agarro una lamparita de mi papi, el cuaderno de cuadros, unos lápices y abajo de las sábanas empiezo a dibujar. Ahora hice estas tripas de mi delfín blanquito, ¿no te gustan?

¿A poco no parecen uvas cayéndose de la rama?

Gustavo Casas

Mi voz se cansa
de no moverse
con la emoción
de las abejas,
la imaginación
de la luciérnaga,
la gratitud
de la jirafa.
Se cansa al ser
como su dueño
aun pudiendo
librarse de él.
Lo sé, se cansa,
se anuda al cuello.

Nocturno en el rosario

Juan Mendoza

No sé por qué escribo. No sé por qué siento la necesidad de sentarme frente a la pantalla de la PC a relatar los sucesos que considero trascendentes de mi vida como si estuviera contando sobre las situaciones de alguien ajeno a mí. Considero un suceso trascendente el haber regalado un cigarrillo a un vagabundo en el parque Brasil de la Colonia Roma. Sobre eso me gusta escribir. No me interesa lo que le suceda a la gente importante en el mundo. No me importa conocer el perfil psicológico de Gloria Trevi. Tampoco el de Vicente Fox o el de Octavio Paz.

Escribo, tal vez, para que la gente me lea... Hace poco le regalé un cuento a una amiga. Le daba curiosidad si acaso yo pertenecía a algún taller literario. Nunca he sido parte de taller alguno. Tal vez debería asistir para que conocedores de la materia critiquen mis cuentos y aprenda un poco sobre métrica y estilo. Pero no me interesa. Nunca he escrito para satisfacer a nadie más. En eso soy demasiado autocomplaciente. ¿Quién no lo es? Me gusta verme publicado, pero eso es parte de mi complacencia. No me intriga mucho lo que opinen de mis textos. Escribo como hablo, y al igual que me gusta decir groserías porque me agrada su fonética, me gusta escribirlas. Le da chingada fuerza al puto relato, al menos, eso es lo que pinchemente creo.

Mi amiga comentaba que mi texto era muy rápido y quería saber más acerca de mi personaje. Lo escribo rápido porque así es como lo cuento. Porque así se me hinchan los putos huevos para decirlo. Me faltan metáforas y le falta métrica, también cohesión, evitar utilizar (ja) tantos infinitivos en un solo párrafo. Pero ¿qué le voy a hacer? Eso se lo dejaré a los que llevan el estandarte de la cultura oficial. A mí no me corresponde. Nada le debo a la literatura oficial. Y si quiere conocer a mi personaje más a fondo, podría ser que se llevara la decepción más grande.

Podría decir que escribo porque hasta la fecha no había encontrado nada parecido a lo que hago en la literatura. Pero no es cierto. No es que me la pase pasticheando a nadie. Eso creo. Alguien me criticó diciendo que mis cuentos eran una extraña mezcla de José Agustín, Naif Yeyha, Guillermo Fadanelli, intento de Parménides y que me faltaba mucho para llegarle a la copia de Bukowski. No sé qué quiso decir. Sin embargo, es cierto: necesito desarrollar un estilo propio, romper con lo ya establecido para tener un lugar importante dentro de la literatura. Pero nada de eso me importa.

La literatura me ha servido para desahogarme, eso es verdad. Puedo escribir lo puta que es mi mejor amiga y la forma tan culera en que se tratan todos mis cuates. Puedo pintarme como el mártir que ha sufrido las injusticias del círculo social en que me desenvuelvo. Aunque no sea cierto. Aunque sea exagerado. En mis relatos es totalmente válido. Y puedo seguir justificándome porque así funcionan los personajes. He perdido muchos amigos, y muchas de las mujeres que me juraron fidelidad eterna me han llegado a odiar por eso, de cualquier forma me iban a dejar de hablar algún día. Pero tampoco me nace estar quejándome de toda la gente todo el tiempo.

Lo que es cierto es que no me doy aires de escritor. Principalmente soy estudiante de contabilidad. Es más digno decir "soy contador". La gente no intenta ver en ti más de lo que puedas dar. La gente sabe que eres un cuadrado incapaz de analizar más allá de un cargo y un abono. De esa forma nadie me va a poner a prueba. Saben lo que esperan de mí. No tienen ni puta idea, pero es mejor evitar sus retos. Además, no tengo el derecho de aclarar: soy escritor porque escribo. Entonces, soy contador porque cuento.

Me gusta escribir, es cierto. También me gusta la cerveza y las mujeres. Expulsar el humo que previamente aspiré de un cigarrillo. Llegar a tumbarme al sillón de la sala y escuchar a los *Smashing Pumpkins* por horas. Visitar librerías también me gusta. Leer, aunque no todo lo que tenga enfrente: tengo en casa el *Quijote, la Divina Comedia, las Mil y una noches, El Mercader de Venecia, El Decameron, El laberinto de la Soledad*, pero no he leído ninguno. Me dan hueva. Me interesa más la literatura que se hace en las coladeras. Me interesan las ediciones subterráneas que lanzaron al ruedo la novela de un chavo que sólo le nació sentarse a contar sus estupideces cotidianas. Me laten los libros que no pasan de los mil ejemplares y te cuesta un huevo conseguirlos. En México, un libro que ha rebasado los cinco mil ejemplares vendidos es de dudosa procedencia. Aunque, claro, nada puedo asegurar.

No sé por qué escribo, así como tampoco sé por qué me gusta cagar a medianoche o por qué disfruto más viendo a una mujer vistiéndose que desnudándose.

No sé para qué me sirve la literatura. Podría decir que me ha salvado, pero ¡carajo!, tampoco es cierto.

La Torturade una Promesa

Valentín Ortiz

Yo soy uno de esos seres a los que el sufrimiento hizo frívolos y vacuos: cada noche, en mis sueños, me arranco la costra de una llaga; cada día, consuetudinario y vacío, la dejo formar de nuevo.
Ciryl Connolly *The Unquiet Grave*

Frente a la *La tumba sin sosiego* (1944) algo nos queda claro: Ciryl Connolly (1903 -1974) encarna la idea del escritor que frente a la hoja en blanco se flagela con la fijación obsesiva de escribir una obra maestra. Quizá este sea el estigma de un escritor que al deslizar la pluma en al papel es acosado por la exigencia de sus lecturas.

> *Cuantos más libros leemos, mejor advertimos que la función genuina de un escritor es producir una obra maestra y que ninguna otra finalidad tiene la menor importancia.*

Torturado por esta idea Connolly hace de la introspección del fracaso su mayor logro. Leer *La tumba sin sosiego* es conocer a un escritor consciente de su propia incapacidad, es enfrentarse al abismo de la vocación literaria mientras con-templamos a una mente que detesta el triunfo por vulgar, pero que teme a la amargura del fracaso. Cada página de este libro es tan brillantemente corrosiva que nadie en su sano juicio lo llevaría consigo a la hipotética isla desierta. Su lectura nos ubica frente al abismo de la modernidad y redefine el vértigo, ya no como el miedo a las alturas sino como la tentación al suicidio.

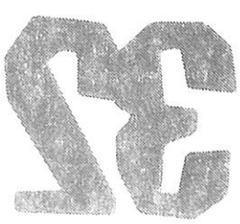
Valiéndose de Palinuro, el marinero que abandona el barco de Eneas y se ahoga antes de llegar al puerto porque no tolera salir airoso de la jornada, Connolly nos habla de cierta voluntad de fracaso, de la deserción frente a la victoria y del deseo de renuncia a última hora.

Soy únicamente un eslabón en la cadena de herejías y fracasos individuales, un solo instrumento de madera en la sinfonía inacabable, pronto anegado por los cobres y los instrumentos de percusión, pero indispensable al autor de la partitura.

En ese sentido el también autor de *Los enemigos de la promesa* (1938) vive con la incertidumbre de ser un genio y la certeza de ser un fracaso. Pero no se trata de un fracaso estéril, pues con su caída invita a la sociedad literaria a contemplar los valores estéticos más altos y nos muestra los terrores del oficio. Al revisar su biografía nos encontramos con un hombre seducido por el hedonismo, pero acosado siempre por el fracaso y las pre-muras económicas. Su mayor reconocimiento proviene de su trabajo como editor en revistas como *Horizon* y de sus colaboraciones en revistas como *New Statesman*, *Observer* y *Sunday Times*. Sus matrimonios al igual que sus aspiraciones son un reflejo de una vida atormentada por el reconocimiento de la posteridad y la aspiración secreta al reconocimiento público. Conoció el matrimonio tres veces, primero con Jean Bakewell, una norteamericana con quien vivió un cómodo y tormentoso romance. Se dice incluso que Connolly le atribuyó a este primer matrimonio la incapacidad de escribir una obra maestra. Su segundo matrimonio fue con Barbara Skelton, pero fue muy breve, pues ella lo engañaba con el entonces editor de Connolly: George Weidenfeld. El matrimonio con Deirdre representó para Ciryl la posibilidad de conocer el rol paterno; pero la sensualidad de tener varias amantes terminó por destruir la ficticia felicidad doméstica.

Escribir sobre este autor representa el intento de mostrar una promesa, es enfrentarse a la incertidumbre de citar o narrar, pues reseñar a Connolly es una ambición que se desmorona al leerlo. Basta abrir *La tumba sin sosiego* para ser blancos de aforismos que como bien dice Sainte-Beuve "son como flechas aceradas que llegan de pronto y silban todavía".

Así, en el centenario del nacimiento de Connolly, *La tumba sin sosiego* es un monumento explícito a la obra maestra y una prueba de que la posteridad es falible e injusta con los espíritus que la contemplan.



PRIMERO SUEÑO

LIBRERÍA DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

IZAZAGA 92, CENTRO HISTÓRICO
DELEG. CUAUHTÉMOC, CP 06980
M. ISABEL LA CATÓLICA
TELFAX: 57 09 78 18
correo-e: primerosueno@yahoo.com

LIBRERÍA BONILLA Y ASOCIADOS S.A.

Libros nacionales, importados y sobre pedido
Atención a bibliotecas

AV. UNIVERSIDAD 1307-A,
COL. CHAMILPA C.P. 62210
TEL. 1028386
Lunes a viernes: 10:00 AM a 20:00 PM
sábado: 11: 00 AM a 15:00 PM

En la presentación de este Tabique obtén un 10% de descuento *

*Se aplican restricciones

PELTRE
civenno89@hotmail.com

UJ fm
ALTERNA 6.1

biciclope diseño gráfico
cristobal sanchez
biciclope_dsg@hotmail.com
(01 777) 3 15 75 74
«rico pero sabroso»

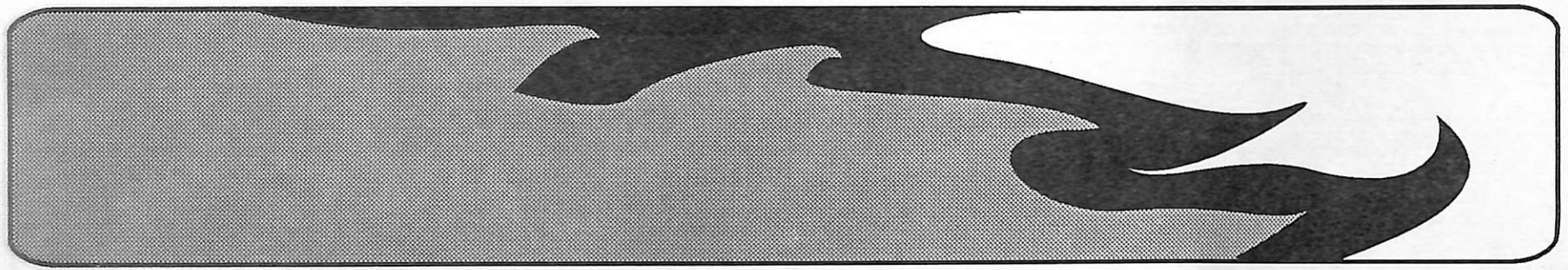
velva
COLECTIVO
colectivovelva@hotmail.com

Este Tabique se realizó con el apoyo del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes 2002-2003

6 14687 04143 2

TABIQUE

revista para la obra, la zozobra y los colados



0